SALVAMENTO DE LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES.

JOSÉ M. MURIÁ[1]
EL COLEGIO DE JALISCO

La mañana del domingo 5 de febrero de 1939 el lehendakari de los vascos, José Antonio Aguirre, y Lluís Companys, presidente legítimo del gobierno de Cataluña, acompañados por un grupo reducido de colaboradores, pasaron juntos hacia Francia por el pirenaico puerto de Lli y, con cierta celeridad, descendieron hasta el poblado de Les Illes. Después de haber desayunado, tal como lo explica Josep Benet, los presidentes y una parte más pequeña de la comitiva siguieron en coches hasta Perpiñán[2].

Lo que no dice Benet es de donde procedían aquellos vehículos, pero lo aclara el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana. Eran unos taxis que los últimos días habían subido cada mañana precisamente para buscarlos, contratados por la embajada de México en Francia.

El embajador, desde fines de 1938 hasta octubre de 1939, lo fue Narciso Bassols, quien ya había sido desde 1936 embajador en Londres y después lo sería en Moscú. Pero al tiempo que lo era en Gran Bretaña también fue el primer representante en la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra. Ahí lo sucedería Isidro Fabela: de enero de 1937 hasta 1940. En esta organización México se significó especialmente por la defensa que hizo de Austria, Etiopía y la España republicana, en contra de la neutral pasividad de las fuerzas democráticas, que permitió el fortalecimiento del totalitarismo europeo[3].

Por lo que se refiere a Bassols, bien puede decirse que influyó mucho tanto en la política interior como en la exterior de su país. Antes de partir hacia Europa ya había sido Secretario de Educación, de Gobernación y de Hacienda... Fabela, por su parte, por instrucciones directas del presidente Cárdenas, ya el 8 de febrero se entrevistó oficialmente con Manuel Azaña, presidente que todavía era de la República española, para ofrecerle asilo a todos los refugiados.

Deben de agregarse a la colaboración de los mexicanos, todavía durante la guerra, aquellos 400 voluntarios, aproximadamente, que se sumaron a las famosas Brigadas Internacionales, de los cuales solamente regresaron a casa unas cinco docenas. Nombres que, dice el poeta Marco Antonio Campos, "no obtuvieron ni tan solo la dignidad de que se les recordara como héroes o mártires o, al menos, como ingenuos o equivocados".

¡Pero no fueron los únicos! Un asilado en Guadalajara, Josep Marull Carré, , capitán que fue en el frente de Aragón, refiere que su soldado más aguerrido, quien siempre estaba dispuesto a ir al ataque y solía hacer más de lo que le pedían, se llamaba José Barbosa, pero todos lo conocían por un significativo apodo: "Pancho Villa"[5]... También, por ejemplo, está el caso de los tres estudiantes de la Escuela Preparatoria de Jalisco, quienes el 9 de febrero de 1937 zarparon de Veracruz en el Mar Cantábrico y fueron interceptados por los franquistas antes de tocar tierra. Fueron fusilados el 17 de abril en un pueblo gallego muy emblemático: Ferrol[6].

En dirección contraria, a partir del 25 de mayo del mismo año, desde Burdeos, viajaron hacia Veracruz en el Mexique los 456 niños de la costa mediterránea que conocemos como "de Morelia", porque comenzaron su residencia en México, para muchos definitiva, en la ciudad de este nombre. L idea era liberarlos del hambre, las enfermedades y demás contingencias peligrosas[7].

También vale la pena dejar constancia de que en el mismo barco, que llegó a Veracruz el 7 de junio, aunque en primera clase, viajó también el Futbol Club Barcelona para una estancia principalmente en México, pero también en Nueva York. Obtuvieron espléndidos resultados, pues lograron reunir una cantidad de dinero que le permitió al Club sobrevivir a los primeros años del franquismo.

Por eso es llamada "la gira salvadora". No todos los jugadores regresaron. Los hubo quienes se quedaron en México[8].

Aparte del nombrado "Pancho Villa", hubo otros que se distinguieron en diferentes frentes: grandes estragos en las filas enemigas causó en el Ebro Néstor Sánchez, cuando hizo caer en una celada a un grueso contingente franquista, y aquellos cadetes del Colegio Militar que desertaron para incorporarse voluntariamente al Ejército Republicano...

Por otro lado, del mencionado *Mar Cantábrico* sabemos también que iba repleto de garbanzos, balas, armas de muchos tipos e incluso llevaba un par de aviones monomotores. Además, el comisario de la expedición, que se suicidó antes de que lo capturaran, llevaba mucho dinero encima aportado por obreros y campesinos mexicanos y, seguramente, también por el propio gobierno y los empleados públicos,

Casi todo cayó en manos de los fascistas que se habían alzado contra el gobierno legalmente constituido, pero hubo otras expediciones que consiguieron llevar debidamente toda la carga a su destino.

Es cierto que hubo mexicanos que actuaron a favor de Franco, en especial quienes estaban muy ligados a la Iglesia Católica. El propio nombre del conservador Partido Acción Nacional (PAN), fundado precisamente en el mes de enero de 1939, está tomado de una formación política franquista. Pero debe reconocerse que la mayor parte del pueblo, como se demostró sobradamente a lo largo de los años estuvo muy mayoritariamente a favor de los republicanos. Por lo que se refiere a los gobiernos, si bien hubo uno, de 1964 a 1970, que dio trazas de flaqueza y muestras de estar dispuesto a claudicar. Al fin no se atrevió a hacerlo y, finalmente, México nunca reconoció al gobierno de Franco ni tuvo con él ninguna relación diplomática u oficial.

En un sentido popular me permito hacer memoria de las manifestaciones públicas que celebraron la muerte, el 20 de diciembre de 1973, del gran criminal que fue en vida el almirante Luis Carrero Blanco y el repudio a la venganza de la dictadura, torturando y asesinando a Salvador Puig Antich, el 2 de marzo de 1974.

Como era de esperarse, la noche del 19 al 20 de noviembre de 1975, al saberse, a partir de las 20 horas, que el sanguinario dictador finalmente había "entregado el equipo", el champagne corrió por muchas casas de residentes en México, pero en la mayoría de ellas no hubo bebida espumosa. Lo que sí se escanció con generosidad fue el tequila, pues también celebrábamos el LXV aniversario de la Revolución Mexicana. No fue raro aquella noche que se conjugaran los gritos de "¡Muera Franco! y ¡Viva México!".

Por lo que se refiere a la actitud oficial hago referencia a que, como consecuencia de los fusilamientos habidos el sábado 27 de septiembre de 1975, en Madrid, Barcelona y Burgos, el lunes siguiente, el presidente Luis Echeverría, hizo un discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidades pidiendo con toda la energía del caso la inmediata expulsión del gobierno franquista.

Corresponde asociar este discurso con el hecho de que, cuando en el año de 1955 España fue finalmente admitida en la ONU, con el voto en contra de México, el primer director general de la UNESCO, Jaime Torres Bodet, renunció de inmediato con el correspondiente escándalo internacional.

También podemos recordar que, en tiempos anteriores, otros representantes de México, como Luís Padilla Nervo, habían esgrimido argumentos muy sólidos a efecto de que nadie nunca soñara siquiera con admitir a ese gobierno criminal en la referida Organización. De hecho, la Asamblea General de 1946, declaró a España "inadmisible" mientras tuviera el gobierno que tenía.

Las claudicaciones más sonadas del año 1955 fueron las de Francia e Inglaterra, a pesar del papel que decían representar de baluartes de la democracia y enemigos del totalitarismo. Pero fue el caso de que ni tan solo ofrecieron un mínimo de resistencia, al menos para disimular, a quienes más insistieron en incorporar a España en la dicha Organización, como fueron los democráticos Estados Unidos de América –que en aquel tiempo gozaban del *macartismo* más intransigente– y el Vaticano, guiado a

la sazón todavía por el famoso Papa Pío XII, quien ya hacía mucho tiempo que se había solidarizado con Franco, tal como lo había hecho anteriormente con Hitler y Mussolini.

Ahora bien, cuando la ayuda mexicana empezó a crecer exponencialmente, hasta llegar a niveles de plano apoteósicos, fue desde que sobrevino la invasión nazi, a principios de 1940, hasta el 22 de mayo de 1942, cuando nuestro gobierno le declaró la guerra al Eje. Ese día, además de convertirnos en enemigos de Alemania, Italia y Japón, lo hicimos también del gobierno de esa Francia llamada eufemísticamente "libre", bajo el mando *filonazi* y *filofranquista* del mariscal Henri Philippe Pétain, especialmente porque éste, un mes antes ya había prácticamente dejado todas las riendas en manos de Pierre Laval, un redomado fascista de pies a cabeza.

Finalmente, cuando Alemania se posesionó del resto de Francia, en noviembre de 1942, todo el personal mexicano que estaba ahí, pasaron un año entero retenidos en un castillo alemán, en la población de Bad Godesberg, hasta que fueron intercambiados por prisioneros alemanes que estaban en México. Por cierto que la permuta debió ser humillante para los teutones, pues fueron doce de ellos por cada mexicano.

Pero hasta que llegaron estos acontecimientos, creció muchísimo el número de los que salvaron su vida, o al menos, se liberaron de ir a dar a cárceles o campos de trabajo nazis e, incluso, algunos directamente a un centro de exterminio. Podríamos decir que supera como veremos el de un centenar de miles de personas, la mayor parte de los cuales eran originarias de la Península Ibérica.

La buena disposición de Bassols con los refugiados, como queda dicho, se manifestó de inmediato, desde principios de 1939, al dejar prácticamente la embajada a la disposición de los refugiados. Aparte de un número crecido que ayudó a salir en pequeños grupos con recursos y procedimientos muy diversos, deben tenerse presente cuatro principales barcos repletos de refugiados que zarparon hacia México durante el segundo semestre de 1939.

El más significativo, que se ha convertido en una especie de símbolo de aquella diáspora, es el *Sinaia*, que vino con personalidades muy distinguidas entre los casi 1600 pasajeros. Salió de Sète el 25 de mayo y llegó a Veracruz el 13 de junio de 1939: una fecha que ya se ha establecido como emblemática[9].

El barco fue recibido por el Secretario Gobernación, Ignacio García Téllez, y no por el de Relaciones Exteriores. Con ello se dejaba en claro que no se les daba trato de extranjeros. Entre otras cosas, el hombre dijo a los recién llegados, la mayoría de los cuales no hacía mucho que todavía eran residentes de alguno de aquellos siniestros campos de concentración:

> *El gobierno y el pueblo de México los recibe como exponentes de la causa que nunca muere de las libertades del hombre. Vuestras madres, esposas e hijos, encontraran en nuestra tierra un regazo amoroso y hospitalario.*

Después vinieron el *Ipanema*, con un millar, el *Mèxique*, que ya conocía el camino, con más de 2,300 i el *De Grasse*, un poco más pequeño..

Como la filiación de Bassols resultaba exageradamente izquierdista para los franceses, se hizo aconsejable cambiarlo y, por otro lado, la situación de Europa occidental se tornaba cada vez más espesa. En consecuencia el presidente Cárdenas decidió, a fines de 1939, enviar a Francia personas muy cercanas. Primero a Gilberto Bosques, como Cónsul General, y no mucho después a Luis I. Rodríguez, como Embajador y Ministro Plenipotenciario.

Hacía poco que estaban ambos al frente de la Misión mexicana cuando se produjo la fácil invasión de los nazis y toda ella tuvo que abandonar París. Cada uno marchó por su lado pero, como buenas piezas de una misma maquinaria, nunca perdieron la sincronía.

Rodríguez acabó estableciéndose en Vichy, donde quedó el gobierno de la Francia "libre", encabezado por el tal Pétain. Bosques lo hizo en Marsella, rodeado de espías y enemigos.

Mientras marchaba hacía el sur, Rodríguez ayudó a salir de Francia a diversas personas que peligraban sobremanera. En la embajada en París se había acogido Juan Negrín, jefe del gobierno español, después de haber criticado durante a Azaña desde París tachándolo incluso de traidor, por haber abandonado España, y por su cobardía que, por cierto, parece que era real.

> *¡El pobre Azaña –declaró- es digno de lástima! tiene una encarnadura cobarde propia de su naturaleza. El miedo lo descompone como si fuera un cadáver y adquiere un color amarillo verdoso*[10].

Sabiendo que Negrín resultaría muy difícil de defender si caía en poder de los nazis, Rodríguez optó por una solución rápida y lo proveyó a él y a algunos de sus compañeros de pasaportes mexicanos y, como tales, con la colaboración del consulado de Chile, consiguió que el 21 de junio de 1940 pasaran a Inglaterra, desde Burdeos, en un carbonero de matrícula griega. El documento de Negrín, por cierto, llevaba el nombre del tercer secretario Alfonso Castro Valle, del que se hablará más adelante[11].

Cabe decir que Negrín aprovechó un retraso inesperado de su salida para hacer una escapada hasta Pyla-sur-Mer, donde residía Azaña, a efecto de invitarlo a irse con él, mas éste declinó por su estado de salud[12].

La invasión de los nazis complicó aún más las cosas para los españoles tanto para salir de Europa como para permanecer en Francia. Pero el día 1 de julio, sin mayor aspaviento, llegó a Biárritz, donde estaba momentáneamente la embajada de México el telegrama 1699 que, entre otras cosas decía:

> Con carácter urgente manifieste gobierno francés que México está dispuesto a acoger a todos los refugiados españoles de ambos sexos residentes en Francia... en el menor tiempo posible. Si el gobierno francés acepta [desde este momento] TODOS LOS REFUGIADOS QUEDARÁN BAJO LA PROTECCIÓN DEL PABELLÓN MEXICANO... **Presidente Lázaro Cárdenas**[13]**.**

También anunciaba que lo comunicaba a los gobiernos italiano y alemán, quienes en su momento aceptaron la situación. Aparte de que les aligeraban la presión demográfica, estaba imbricada una palabra mágica: "petróleo", mismo que se había nacionalizado en México hacía apenas dos años y todo mundo lo celebraba y acechaba.

Igualmente se preguntó a todos los gobiernos de América si querían cooperar y cómo. Mas todos hicieron como si la Virgen les hablara.

Por lo que se refiere al embajador Rodríguez, a quien se le dijo que contestara "urgentemente", al día siguiente anunciaba que ya había embarcado no hacia mucho a todos los que se habían asilado en su embajada y que se pondría en contacto de inmediato con el gobierno de Vichy.

El día 9 se le concedió a la 16:30 una entrevista de media hora, con Pétain, en la habitación de éste. Con ello fue suficiente. Después de aguantar los epítetos que el mariscal endilgo a los refugiados, como los de "indeseables" y "renegados de sus costumbre e ideas", Rodríguez esgrimió los suyos argumentando afinidad con la República española y deseo de ayudar a Francia con la carga que representaba. Esto debió ser lo que más influyó. Finalmente Pétain se manifestó de acuerdo e incluso dispuesto a intercambiar notas de la conversación, mismas que después resultaron muy útiles con aquellos franceses que pretendían hacerse *mages*.

El embajador mexicano no cabía en sí mismo al salir. Esto es lo que escribió: "se había resuelto con un gran sentido de humanidad la suerte de muchas decenas de miles de hombres... sentí deseos de gritarle a todo el mundo la emoción que restallaba en mi espíritu"

No resultó sencilla después la negociación debido a la resistencia de muchos colaboradores de Pétain, pero al fin, el 22 de agosto, se firmó el *Acuerdo* correspondiente. Además, una vez firmado, muchas autoridades se hicieron como que no lo conocían. En cambio los gobierno de Alemania e Italia lo aceptaron explícitamente y no fueron pocos incluso los internados en campos de trabajo que volvieron a casa, sin contar a aquellos que se dejó en paz[14].

Por otro lado nuestro gobierno se mostró decidido a trasladar a México, de los más de cien mil refugiados que permanecían en Francia, a cuantos lo pidiesen y "mientras no se pudieran embarcar se comprometía a ayudarlos económicamente"[15].

Aparte de comentarios desagradables, de la prensa francesa especialmente, hubo algunos de muy favorables, especialmente en México. De Estados Unidos, miento nomás lo dicho por el *New York Herald Tribune* del 13 de septiembre de 1940:

> Los españoles refugiados en Francia miran hacia México. Más de cien mil de ellos esperan que puedan ser contratados barcos antes de que el hambre o Franco se apoderen de ellos[16].

Sea como sea quedó establecido que todos permanecerían oficialmente bajo la protección de la bandera mexicana y se considerarían en tránsito hacia México, aunque ni tan solo hicieran gestión alguna para viajar.

Ahora bien, debe reconocerse por igual el gigantesco esfuerzo de todo el personal de las representaciones mexicanas, trabajando día y noche para expedir miles de aquellos documentos que los acreditaban, mismos que según dijeron después todos los refugiados, del gran cúmulo de papeles que debían llevar consigo, el que más valía la pena era éste.

No es posible saber cuántas decenas de miles se expidieron, pero sí se sabe que, del medio millón de hombres, mujeres y niños que pasaron a Francia, unos 300 mil regresaron a España impelidos por el maltrato francés y el peligro nazi y atraídos por la propaganda de buenas intenciones del gobierno de Franco. Ya sabemos que todos ellos, a la postre, se dividieron en dos grupos: a los que le fue muy mal y a los que les fue todavía peor... esto sin contar a quienes fueron secuestrados por pistoleros españoles y muertos una vez en España como parte de la enorme dureza de los vencedores con los vencidos.

Del resto, unos cincuenta mil vinieron a parar a México, contando con quienes lo hicieron parando primero en Cuba, Santo Domingo u otros lugares donde no fueron muy bien recibidos. Asimismo, vale considerar que, a partir de 1945, no fueron pocos los refugiados *de facto* que se reunieron con sus familiares y amigos que ya estaban seguros en México.

Cabe también señalar, además de Negrín y acompañantes, un par de casos especiales que lograron ser atendidos. Por un lado el ex gobernador del banco de España, Luis Nicolau d´Olwer, apresado el 18 de julio de 1940 con la intención de enviarlo directamente a España, donde seguramente lo habrían asesinado como a Companys, Julián Zugazagoitia, Joan Peyró y tantos otros. Por otra, el ex presidente Manuel Azaña a quien también procuró llevarse aquel mismo pistolero que entregó a Companys en Irun: un tal por cual de nombre Pedro Urraca Reduelles.

La defensa de Nicolau consistió primero que nada en evitar la inmediata extradición, la cual cosa se consiguió mayormente gracias precisamente al *Acuerdo* ya mencionado que se firmaría el día 22 de agosto.

Después sobrevino un largo juicio que acabo cuando el gobierno español se desdijo mediante la entrega de una fuerte cantidad de dinero, misma que pidió por la vía de su embajador José Félix de Laquerrica, y un coronel Barroso, que era el agregado militar. Fueron primero 20 millones de francos, pero después lo rebajaron a menos de siete. Finalmente Nicolau quedó liberado el 14 de febrero de 1941[17].

Aparte de los abogados contratados por el gobierno de México y del personal de la embajada, participó más gente en el proceso: Eduard Ragassol, quien fue y vino como pocos, y la delegada de México en Ginebra, Palma Guillen. Ella había conocido a Nicolau precisamente en Ginebra un par de años antes y no lo dejó escapar: se casó con él en 1946, poco después de haber llegado ambos a México.

Por lo que se refiere a Manuel Azaña, su aventura también está llena de emociones para las cuales no estaba físicamente preparado. Empezó a finales de junio de 1940 cuando, dentro de una ambulancia, se escapó de los franquistas que lo fueron a buscar a Pyla-sur-Mer donde residía. No acabó con su muerte, a las 4:53 de la madrugada del día 4 de noviembre del mismo año, dentro de la extensión de la embajada de México establecida en el Hotel Du Midi de Montauban.

Aparte de los dos intentos de secuestrarlo, incluso para su entierro en el cementerio municipal hubo problemas y faltó muy poco para que se produjera un incidente de graves proporciones.

En Montauban Azaña había ido a parar a la casa de un doctor Cave,[18] donde permaneció casi dos meses y medio, dos terceras partes de los cuales ya contó con la protección del capitán Antonio Haro Oliva, miembro de la agregaduría militar de México. Lo hizo por instrucciones del embajador..[19]

Pero cuando el peligro aumentó fue cuando se decidió crear la extensión de la embajada en la misma ciudad, con todas las potestades del caso y derecho de izar la bandera en su balcón. Ahí fueron trasladados Azaña, su esposa y su médico a medio día del 15 de septiembre. Fue entonces cuando Urraca hizo su primer intento, dispuesto a pasar por encima de la inmunidad diplomática, pero no se atrevió a ir más allá de lo que le permitió una "escuadra" automática de 38 milímetros, de la que echó mano Rodríguez, y la "45" reglamentaria del ejército mexicano que exhibió Haro Oliva[20].

Un segundo intento se produjo después de la media noche. Esta vez fue Haro Oliva, solo, quien mandó a los asaltantes a freír espárragos cuando les cerró el paso, en ropa interior, pero sin olvidar ponerse su gorra de capitán y, claro está, de esgrimir la enorme "fusca"[21].

El entierro, el 5 de noviembre, confrontó al prefecto y al embajador porque el primero no quería que hubiera gente y amenazó con disolver el cortejo por la fuerza,

Rodríguez le respondió que ya había convocado a todo el personal mexicano que estaba en Francia y que entre todos juntos, le dijo en español: "veremos a cómo nos toca" y en francés: "Inténtelo si quiere y aténgase a las consecuencias".

Cada uno de los empleados llevaría además una pequeña bandera y, entre todos, formarían una valla que presidiría el duelo, seguidos de la familia y de toda la gente que se aprontó. Fue una autentica muralla de pechos mexicanos la que convenció al prefecto de retirar a los gendarmes y dejar que el cortejo siguiera en paz hasta el "camposanto".

El otro punto de conflicto fue que el prefecto prohibió que se pusiera sobre el ataúd la bandera de la República española. En todo caso se debía poner, según él, la del gobierno de Franco. Rodríguez cedió un poco y le dijo que "lo cubriría con orgullo la bandera mexicana; para nosotros será un privilegio, para los republicanos una esperanza y para ustedes una dolorosa lección"[22].

En cuanto Cárdenas entregó el gobierno al general Manuel Ávila Camacho, éste designó a su colega Francisco Javier Aguilar para substituir a Rodríguez. Tomó posesión el 14 de febrero de 1941. A pesar de que su gestión no fue de relumbrón, lo cierto es que reavivó sobremanera el traslado marítimo de refugiados a mediados de ese año.

Discretamente Aguilar fue removido y, en su lugar, quedó quien constituye quizás el capítulo más notable de esta historia: Gilberto Bosques Saldívar.

Lo han llamado el "Schindler mexicano", lo cual, sin querer descalificar al fabricante de elevadores y otras máquinas, que se hizo más famoso gracias al cine, no deja de ser un menosprecio para Bosques, pues Oskar Schindler salvó a 1,100 judíos y Bosques, además de una cifra muy superior de estos mismos, pudo agregar un buen número de libaneses, algunos brigadistas internacionales y una cifra casi cien veces mayor de republicanos españoles. En todo caso podríamos, como mucho, con displicencia, permitir para Schindler el calificativo del "Bosques alemán"...

Bromas aparte, la gesta de don Gilberto fue portentosa. Así lo reconoció el gobierno francés en 2015, poniéndole su nombre a una plaza de Marsella, donde este Bosques había establecido su cuartel general. Pero también lo homenajearon en Viena una docena de años antes, bautizando como "G. Bosques" un *Promenade* muy alegre del distrito 22.[23]

Por lo que se refiere a México, durante los últimos tiempos se le han hecho muchos homenajes de diferente índole y en varios lugares, pero es cierto que permaneció olvidado muchos años por haber manifestado su encono contra el presidente Gustavo Díaz Ordaz que, por cierto, es de los peores que hemos tenido.

No puedo dejar de mencionar que el primer homenaje que se le hizo a Bosques, después de una larga sequía, y el último que se le tributó en vida, fue el 4 de agosto de 1988, cuando tenía 96 años. La promotora fue la dirección general que estaba entonces a mi cargo en la Secretaria de Relaciones Exteriores.

Bosques cedió su archivo diplomático y nosotros publicamos el volumen dos de la colección Historia Oral de la Diplomacia Mexicana, dedicado precisamente a él.[24]

Después haber estado en París y haber emigrado hacia el sur cuando entraron los alemanes, Bosques instaló el consulado general en Marsella, donde al cabo de poco tiempo tuvo como vecinos al consulado de Japón y la oficina de la Gestapo…

Con recursos mexicanos y también algunos de los cuáqueros, la ayuda de los cuales se está empezando a valorar desde fechas relativamente recientes, valorar en fecha reciente[25], Bosques se agenció dos *chateaus*: el de la Reynarde, donde llegaron a residir más de 800 adultos, y el de Montgrand con medio millar de mujeres y niños[26]. Por otro lado muchos infantes huérfanos o con la salud maltrecha fueron acogidos en una "casa de recuperación" en los Pirineos, con médicos y alimentación especial. Asimismo, para quienes corrían más peligro y requerían de protección mayor, instaló refugios en los barrios de Mennet y Sulevin. Otros casos que reclamaban protección aún más eficiente fueron alojados en diferentes hoteles y pensiones con nombres y papeles falsos.

Junto a los campos de concentración franceses, todos estos recintos debían parecerles a los acogidos un auténtico sueño. Todo esto vino acompañado de aquel inmenso trabajo que se hacía día y noche por tal de documentar a los interesados como protegidos del gobierno de México, según lo estipulaba el referido acuerdo del 22 de agosto de 1940[27].

Después de pasar 14 meses en el hotel-prisión de Bad Godesberg, Bosques regresó a México donde fue objeto de una apoteósica recepción al bajar del tren, pero no concluyó ahí su gestión: de 1946 a 1950 fue embajador en Portugal, donde continuó con mayor energía el benemérito trabajo de su antecesor, el jalisciense Juan Manuel Álvarez del Castillo[28]. Esta etapa todavía permanece pendiente de un estudio como debe ser.

El primer embajador de México en Portugal, con toda la formalidad del caso, fue precisamente el jalisciense Álvarez del Castillo Velasco, diplomático de carrera, que acababa de enfrentar muchos avatares para escapar de los nazis, siendo embajador en Noruega.

Precisamente al llegar a París, sano y salvo, aunque los soldados nazis ya estaban cerca, Luis I. Rodríguez lo recibió con la orden de la Cancillería de que se marchara rápidamente a Lisboa, comisionado por el gobierno de México para representarlo en las grandes festividades que tendría Portugal en el mes de junio, para celebrar sus tres siglos de independencia respecto de España.

No fue fácil llegar a tiempo, pues tuvo que cruzar buena parte de la Península por carretera, pero lo logró gracias a su audacia y suficiente liquidez como para comprarle con dinero en efectivo un magnífico automóvil al cónsul lusitano en París, con la suerte adicional de que el chofer, de nacionalidad portuguesa, anhelaba regresar a su tierra.

Fue el caso de que, después de las fiestas de referencia, que resultaron muy lucidas, fue nombrado también embajador y ministro plenipotenciario y presentó formalmente sus cartas credenciales el 10 de julio de 1940. A pesar de que, con anterioridad Francisco Ortiz Monasterio había ya preparado las oficinas de la embajada, el primer embajador de México radicado en Portugal estuvo seis meses en una excelente residencia, pero con carácter de provisional y, después se asentó en una "casa típicamente portuguesa…la cual tenía jardín y árboles añosos.

Este diplomático permaneció en Lisboa hasta abril de 1944. El general Aguilar tomó su lugar, pero, extrañamente otra vez, estuvo solamente un semestre. En su lugar, también con todas las de la ley, quedó Luciano Joublanc, cuya gestión resultó de una duración similar. Fue entonces cuando, después de haber pasado una larga temporada en México, Gilberto Bosques quedó al frente de la Misión desde el 23 de febrero de 1946 hasta principios de 1950, desarrollando otro capítulo importante de la ayuda mexicana a los perseguidos por el fascismo europeo.

El embajador Alvarez del Castillo reporta en sus *Memorias*,[29] que el asunto de los refugiados políticos de España –saldo de la Guerra Civil– que llegaban a Portugal sin pasaporte "fue uno de los asuntos que hubo de afrontar". Pero en la realidad no parece haberle dado importancia mayor.

De cualquier manera podemos felicitarnos por su desempeño en este sentido, siguiendo los lineamientos de la Cancillería Mexicana. Consiguió convencer al gobierno del dictador Oliveira Salazar, de quien, por cierto, se expresa muy bien en su libro, de que disimulara discretamente la violación del acuerdo de repatriación inmediata de republicanos españoles que tenía con el también dictador Franco, de acuerdo con el cual, como se dijo ya, llevaba sin más trámite a la cárcel o al cadalso a quienes eran regresados por la fuerza.

Lo cierto es que la llamada Policía Internacional, una especie de gestapo dirigida por un auténtico verdugo llamado Lorenzo, fue muy activa regresando gente que, incluso, con frecuencia ya había sido duramente maltratada y, a veces, hasta torturada en sus mazmorras.

Años después, el embajador Bosques consiguió con Salazar un acuerdo similar, que él llamó "Pacto de caballeros", solo que fue mucho más activo y eficiente. Entre otras cosas no dejó a la gente a la buena de Dios en espera de que llegara la autorización de la Cancillería Mexicana para trasladarlos a México. Aparte de la protección de muchos casos en la propia representación diplomática, emuló sus tiempos de Marsella y logró establecer una residencia para los españoles que, "bajo la protección de la legación" y de la bandera mexicana, como el mismo Bosques dijo, "esperaban allí la oportunidad de embarcarse para México".

El sitio fue la población de Ericeira, un balneario que está en una costa escarpada a unos cuarenta kilómetros al noroeste de Lisboa. Ahí estuvo un buen número de refugiados en espera, tal vez con la mirada puesta en el horizonte, en dirección a la otra orilla que tanto anhelaban pisar.

No hubo, en función de que el volumen de refugiados era mucho menor que en Francia, un solo barco que se fletara *ex profeso* para enviar los refugiados a México, sino que éstos eran despachados como se iba pudiendo en diferentes embarcaciones y hasta con destinos varios en las costas de nuestro territorio nacional.

Igualmente, hubo casos especialmente delicados que, por el marcado interés del gobierno de Franco en matarlos resultaban más difíciles de solucionar. Álvarez del Castillo enfrentó, por ejemplo, el del antiguo Secretario general de la Unión de Trabajadores de España (UGT) del gobierno español, José Rodríguez Vega, que incluso se había escapado de la cárcel española en la antevíspera de su ejecución.

Aquí el recurso fue el que sabía manejar muy bien el embajador de México: labia y dinero. El capitán de un vapor norteamericano ayudó a rehuir la vigilancia policiaca y aceptó custodiarlo hasta que el barco zarpara…

Algunas semanas después, refiere Álvarez del Castillo, le llegó el siguiente mensaje:

> *Al saludarlo desde su bello país, que me ha acogido cariñosamente, complázcame expresar a usted reconocimiento por generoso proceder.*
> *José Rodríguez Vega*

Vale señalar que coadyuvó al proceso de rescate de muchos refugiados la colaboración de la "American Friends Service Comittee", que ofrecieron a muchos alojamiento, pero en el caso de los tiempos de Álvarez del Castillo no fueron pocos los recluidos en la cárcel y se salvaron del regreso a España gracias a la llegada oportuna del documento de admisión correspondiente transmitido por la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Entre los escasos testimonios de refugiados españoles que pasaron a pie a Portugal y alcanzaron a llegar sanos y salvos a México se encuentra el de Mateo Tuñón Albertos, abogado y oficial del ejército republicano, quien tituló sintomáticamente sus memorias *Hacia la libertad*.

Su primer encuentro con la representación de México en Portugal, junto con su compañero de aventura, no pudo ser más desalentador.

Ya alertado, por un paisano, de la poca disposición del personal narra así la entrevista con el canciller Alberto Córdoba: "un joven grueso… sentado tras una mesa que corresponde fríamente al saludo". Se le explica brevemente la situación y el deseo de ir a México y el burócrata, en el peor sentido de la palabra, responde que no pueden "hacer nada hasta que lo ordene nuestro gobierno".

"Ustedes deben pedir a México el permiso y cuando lo consigan procurar embarcar si tienen dinero..." Luego agregó con cinismo: "pero tengan mucho cuidado con la Policía Internacional; si los detienen los regresan a España".

Asimismo, como conclusión, les dijo que el permiso que, por cierto ya estaba pedido, "se dilata mucho". Les dio la mano sin levantarse de su asiento y, completamente desilusionados, salieron de la Legación.

Queda claro que, a diferencia de los empleados mexicanos en Francia que hacían hasta lo imposible por atender a tanta gente en desgracia, en Lisboa los burócratas no daban un paso más allá de la norma.

De las propias *Memorias* de Álvarez del Castillo queda la sensación, tal vez injusta, de su especial preocupación por el boato de la diplomacia y el afán de hacer referencia a grandes personalidades. En cambio de quienes tocaban a las puertas de la Legación en busca de socorro no menciona a nadie en especial y, en general, habla muy por encima del tema.

Después de varias penalidades los dos españoles de marras fueron a dar a la cárcel donde aumentaron las penas y la certeza de que su intentona de alcanzar la libertad acabaría muy mal.

Cabe concluir que la diligencia que los fugitivos esperaban del personal de la embajada sí la tuvieron en la Cancillería Mexicana en el Distrito Federal, pues el trámite que les habían dicho que duraría como diez meses, concluyó treinta días después de haber llegado a Portugal y casi veinte pasados en la cárcel. Fue entonces cuando Tuñón oyó la noticia de un mensajero de la embajada de que su documentación estaba ya casi lista.

De la cárcel fue llevado a una oficina donde se encontró otra vez con el tal Córdoba que ahora, más sonriente y amable, les entregó sus papeles para partir y unos cuarenta *dolaritos* para lo que sería, ahora sí, *el viaje hacia la libertad*.

A manera de despedida, en presencia que sugiere complicidad del empleado mexicano, la mitad de los dólares les fue "requisada" ostentosamente, con el mayor descaro, por el mismo oficial de nombre Reis Tejeira, de la terrible Policía Internacional, que los había interrogado varias veces.

Finalmente fueron llevados a embarcar al *Santo Tomé* y el día 8 de julio de 1941, después de cruzar por el canal de Panamá, llegó al puerto de Salina Cruz, en Oaxaca.

Entre Álvarez del Castillo y Bosques, como se dijo, hubo dos embajadores, Aguilar y Joublanc que duraron alrededor de seis meses cada uno en el cargo. Con ellos el ritmo de rescatados siguió siendo el mismo, pero no así durante la ulterior gestión de don Gilberto.

Hay en el Archivo "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, el testimonio de más de seiscientos republicanos españoles que lograron trasladarse a nuestro país entre principios de febrero de 1946 y los de 1950, cuyos expedientes están llenos del dramatismo de cada uno de los casos, entre los cuales los hay que reflejan tragedias inimaginables.

Incluso, la propia puntillosa Cancillería le hizo en 1948 un "apercibimiento" por "irregularidades observadas en los requisitos indispensables". Y también, como debe ser, la campaña en contra llevada a cabo por los españolistas ultraconservadores que no ha dejado de padecer nuestro país y la prensa alentada por los gachupines adinerados, que entonces, después de estar *bocabajeados* durante un buen tiempo, volvieron a sentirse con agallas para levantar la voz.

Comoquiera que haya sido, el caso fue que Bosques hizo caso omiso de los mencionados "requisitos indispensables".

Sin ánimo de menospreciar, debe señalarse que, del lado de los franquistas, tanto Bosques como Álvarez del Castillo contaron con un aliado pasivo que debe tomarse en cuenta: el embajador de España en Portugal, quien podía darse ciertos lujos que no correspondían a los deseos del dictador por el hecho de que era su hermano mayor.

En efecto, Nicolás Franco Bahamonde, militar como su sanguinario hermano y solidario con él desde que se alzó en armas gustó más del trabajo diplomático. Primero fue durante un año embajador en la Italia de Mussolini y luego, en 1938, pasó a Lisboa donde permaneció casi dos décadas representando a España, con lo cual debe haberse acabado moviendo en Portugal en verdad "a sus anchas".

Los embajadores de México no podían estar en su compañía, por más que, tanto Álvarez del Castillo como Bosques, siempre detectaron miradas afables y ciertos gestos de acercamiento.

En una ocasión, en una cena en la que ambos diplomáticos quedaron sentados cerca uno del otro, el embajador Franco le hizo saber a Álvarez del Castillo:

> Estoy informado de las gestiones que usted hace a favor de los republicanos. Se habrá fijado que la Misión a mi cargo no lo obstaculiza. Después de todo se trata de españoles y debo agradecer lo que hace por compatriotas.

Es claro que en una ciudad como Lisboa no podían quedar del todo ocultas las acciones de la Legación mexicana, máxime a un embajador tan prominente en ese país como lo era el de España. De hecho, podría suponerse que el propio Oliveira Salazar hubiera acordado secretamente con él las facilidades concedidas a nuestros diplomáticos para tal efecto.

También conviene recordar que, el ahora embajador de España, había gozado del asilo de la Embajada de México en Madrid en el año de 1936.

Es de suponer que el mismo disimulo debe haberse producido por este Franco ante las acciones mucho más intensas de Gilberto Bosques Saldívar.

Sabedor seguramente de esta buena disposición. aunque no fuese directamente, Bosques aprovechó la buena disposición de este Franco, mediante el embajador de Brasil, para gestionar que fuesen llevados a Lisboa los archivos de la embajada en España, ahora cerrada naturalmente, su biblioteca y diversos muebles y enseres.

En efecto, el embajador Franco dispuso que se dieran todas las facilidades y que los camiones con la preciosa carga pasaran hasta Lisboa sin revisión ni traba de ninguna especie.

Para terminar, hago mías las palabras de Bruno Schwebel, un judío escapado de los nazis, el 14 de abril de 1942 en el *Maréchal Lyautey*, que lo llevó de Marsella hacia Casablanca. Aquí abordaría el famoso *Nyassa*, que en tres viajes llegó a depositar en Veracruz casi nueve mil refugiados.

> Si no hubiera sido por la posición antifascista del gobierno de México, así como la iniciativa personal del señor Bosques para salvar la mayor cantidad posible de gente, la vida de la cual estaba amenazada por el fascismo, mi familia y yo no habríamos sobrevivido.

Todo ello implicó una actividad febril y riesgosa que Gilberto Bosques y su gente desarrollaron inspirados por aquellos principios de la política exterior mexicana que luego tuvieron a bien asesinar Vicente Fox, Felipe Calderón y siguientes, con sus respetivos encargados de la otrora distinguidísima Cancillería Mexicana.

También, vale decirlo, hubo de afrontar y equilibrar las disputas entre distintos líderes españoles para la formación de aquellas largas listas de gente que documentó y embarcó hacia México y, luego, cuando Cárdenas dejó la presidencia, sortear las limitaciones a su selección que quiso imponer el nuevo Secretario de Gobernación, Miguel Alemán Valdés.

Para terminar recuerdo solamente como definió el propio Bosques su gestión: "hice la política de mi gobierno y de mi país: la política revolucionaria de Lázaro Cárdenas", que en este caso, lo agrego yo, y lo sostengo ante cualquier foro, salvó la vida a mucho más de cien mil personas.

Notas al pie:

1 *Miembro numerario y emérito de la Academia Mexicana de la Historia*

2 *Josep Benet. La mort del president Companys. Barcelona. Edicions 62. 1998. p. 52.*

3 *Cfr. Fabián Herrera León. México en la Sociedad de Naciones. México. Secretaría de Relaciones Exteriores. 2014. Pp.287-307*

4 *Marco Antonio Campos. "Combatientes mexicanos en la Guerra Civil Española" en La Jornada Semanal. México. D.F. 5 de octubre de 2008.*

5 *Natàlia Sánchez Dipp. De L´Empordà a l´ecili de Mèxic. Apunto biogràfic de Josep Marull Carré Lleida. Pagès editors. 2010. p. 54.*[4] SA

6 *José M. Muriá. Frente a las balas de Franco. Guadalajara. Universidad de Guadalajara. 2017. 19 pp.*

7 *Cfr. Emeterio Payà Valera. Els nens espanyols de Morelia. L´ecili infantil a Mèxic. Lleida. Pagès editors. 2002. 254 pp.*

8 *Francisco Velázquez. "La ´gira salvadora´ del Barça" en Francisco Velázquez (coord.) Estudios catalanes en Jalisco. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia/ El Colegio de Jalisco. 2016. pp. 51-83.*

9 *En Veracruz se hizo una gran ceremonia 75 años después de su llegada, a pesar de que el gobernador que había entonces Javier Duarte, había manifestado su gran*

admiración por Franco. Supongo que ahora seguirá haciéndolo desde la cárcel donde permanecerá un buen rato. por lo que se refiere a tierras catalanas el mismo día en la Universidad de Girona se develó una placa de agradecimiento al presidente Cárdenas y al pueblo mexicano la ceremonia fue presidida por el rector y el alcalde de la ciudad, este último de nombre Carles Puigdemont.

[10] *Cit. por Josep Benet. Op. cit. p. 49.*

[11] *Cfr. Luís I. Rodríguez. Ballet de Sangre. La caída de Francia. México. Ediciones Nigromante. 1942. pp. 139 y 140.*

[12] *Id., p. 142.*

[13] *Misión de Luís I. Rodríguez en Francia. Protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940. Prol. Rafael Segovia y Fernando Serrano. México. El Colegio de México/Secretaria de Relaciones Exteriores/SEP-CONACYT. p. 3 y ss.*

[14] *"El gobierno de Vichy se obligaba a garantizar la existencia y la libertad de los republicanos refugiados y a limitar las extradiciones pedidas por el gobierno franquista a los delitos por orden común". Josep Benet. Exili i mort del presidente Companys. Barcelona. Empúries. 1990. p. 146.*

[15] *Josep Benet, ibíd.*

[16] *Op., cit. pp. 41-49.*

[17] *Cfr. Misión de Luís I. Rodríguez en Francia... pp. 287-317.*

[18] *23 Rue Michelet*

[19] *Cfr. Misión de Luís I. Rodríguez en Francia... p. 244. Doc. 289.*

[20] *Esto viene de la información "confidencial" que el Tercer Secretario, el ya mencionado Alfonso Castro Valle me trasmitió la noche que presentamos el libro sobre el mismo en la Secretaria de Relaciones Exteriores de México.*

[21] *Información proporcionada directamente por el propio Coronel Antonio Haro Oliva en su domicilio, en 1988.*

[22] *Misión de Luís I. Rodríguez... p. 277.*

[23] *4 de junio de 2003.*

[24] *Quien realizó la entrevista y la transcripción fue Graciela de Garay.*

[25] *Inmaculada Colomina lo ha estado estudiando*

[26] *Indispensable es la lectura del libro de Gérard Malgat. Gilberto Bosques, la diplomacia al servicio de la libertad. París-Marsella (1939-1942). México. Conaculta. 2013.*

[27] *Gilberto Bosques Saldívar. Mexicano universal. México. Cámara de Diputados. 2010, pp. 114-115.*

[28] *Ramón P. Denegri, Manuel Pérez Treviño, Juan Manuel Álvarez del Castillo y Luciano Joublanc.*

[29] *Memorias. Guadalajara. Ed. del autor. 1960.*

COLEGIO DE NOTARIOS
DEL ESTADO DE JALISCO